

# Noticias del Museo

## ADQUISICION DE PIEZAS PARA EL MUSEO Y NUEVAS INSTALACIONES

Se continúa ininterrumpidamente la recogida de piezas para el Museo por diversas regiones de España, teniendo como meta la adquisición de 4.500 objetos por año para poder tener al final de la década de los 80 una cantidad aproximada de 50.000 piezas, o sea unas 1.000 por provincia, como muestra representativa de la riqueza en arte popular de cada una de ellas.

En este año 1980 se ha recibido una importante donación de la Sra. Doña Mercedes Pinilla, de 251 objetos contenidos en su casa de Cerecinos del Carrizal, Zamora. Se trata de una colección sumamente interesante de bancos para quesos, mesa con rueda incorporada para amasar el pan, arcas de diferentes clases, piezas de cerámica, objetos religiosos, como vestidos de Niño Jesús, cuadros, reclinato-

rios; profusión de tejidos, juguetes y toda clase de objetos formando parte del ajuar de una familia acomodada pero situada e inmersa en los modos de vida de una población rural. Desde aquí agradecemos una vez más a la familia Pinilla esta contribución a nuestro Museo.

Gracias a una subvención concedida por el Ministerio de Industria, Dirección General de Actividades Diversas, Sección de Artesanía, se ha hecho posible la realización de nuevas instalaciones con vitrinas expositoras, iluminaciones, grandes paneles, etc., que han cambiado totalmente al aspecto de algunas salas, especialmente de la Sala II, que contiene los objetos referentes a las fiestas y celebraciones del Ciclo del Año y a la Agricultura, como técnica de producción de alimentos, en sus diversas etapas: de preparación del suelo, siembra, siega, recolección, recogida y transporte, trilla, aventado, medidas, etc.

## La casa de Cerecinos

Luis Estepa

Hace ya muchos años que la casa de Cerecinos empezó a ser vendida. El comienzo sería tan difícil de precisar como el fin si entendemos como venta la pérdida del dominio. Para llegar a un contrato definitivo que recogiera los imperceptibles procesos del olvido haciendo ya explícita la carencia se pasó por unos estados parciales de sustitución muy complejos. Ha habido muchas personas en ello. Cada una podría dar su propia versión y no por ello se podría dejar de decir en justicia: "bueno, al fin y al cabo la casa de Cerecinos ya no es nuestra". Como el que resumiera una obra de teatro diciendo: "lo que pasó no importa, al final se casan". No; creo que determinadas separaciones son más que otra cosa una nueva forma de conciencia. La pérdida del interés y del brillo de los objetos los vuelve translúcidos, transparentes, pierden los contornos y al final acaban por no ser vistos. Hasta que alguna manera de cuchillo corta la seguridad del hilo a cuyo extremo pendía la espada de la costumbre que tan sin cuidado nos tenía y entonces un dolor inesperado se nos clava certeramente. Es como cuando respiramos normalmente. Estamos tan habituados a ello que ni nos damos cuenta, pero si un día se quiebra el mecanismo de la in-

conciencia descubrimos la fatiga y con ella otra cara de la respiración que no sospechábamos.

Las últimas décadas, la postguerra, fueron vergonzantes para ella. La mantenían limpia desde las Mercedes de un año hasta las del siguiente que volvíamos a visitarla, como a esos ancianos incapaces de valerse por sí mismos, para disminuir la apariencia de los estragos de la miseria: ¿qué casa es la que nadie vive en ella? Los padres y los mayores fuimos los últimos en habitarla, y yo el más joven, durante un desdibujado verano del comienzo de los cincuenta. Para entonces la falta de agua corriente, la cocina de leña que se tocaba con una gran campana ahumada, el retrete que daba al corral y era servido por un pelotón de bacinillas de loza y, sobre todo, el lánguido ritmo de la vida social de Cerecinos eran ya los aliados de su olvido.

No volvimos a dormir sobre sus camas de bronce y hierro fundido, que, sin embargo, conservaron sus nombres hasta su dispersión: la de Mamá, la de la Tía Tránsito, etc., etc., y los reclinatorios que estaban asociados a los vestidos, quedaron completamente indiferenciados. Algún niño que llegaba se sentaba momentáneamente en alguno de ellos confundidos con una

silla baja y los primos, no muy devotos, los mirábamos con ironía. Tampoco volvimos a lavarnos la cara en las palanganas esmaltadas que se vaciaban de agua jabonosa con un glu glu inolvidable y las pilillas del agua bendita con sus placas vidriadas corrieron inciertas suertes, pero desde mucho antes de su actual paradero ya no se usaban, y quedaron guardadas en la alacena del comedor y de allí no salieron durante años. Sustraídas de la sucesión de las horas y de las estaciones las contraventanas dieron fin a su arte combinatoria de luces y penumbras. Llegábamos los sobrinos y las abríamos de par en par porque sólo queríamos claridad para entregarnos al delicioso pillaje de los cachivaches de los abuelos y los tíos a los que atribuíamos un valor exagerado porque ni más ni menos eran muy nuestras. Pero una vez, excepcionalmente, salió un Ecce Homo gótico que el Tío Luis había cogido durante la guerra de una iglesia incendiada. Lo que más abundaba era el remanente de unas vidas ya pasadas: cacharros de cerámica, libros y apuntes de medicina escritos con letra muy menuda, ropa imaculadamente limpia y herramientas del campo. Queríamos llegar a saber de nosotros mismos profundizando con las manos en las arcas atestadas de